

## Guerra y academia

EL PRIMER GRAN ESCENARIO NACIONAL donde la guerra parece haberse perdido es en el ámbito de lo académico. Y esto implica —al

menos en el actual momento— una paradoja, puesto que quien hable, defienda y haga así sea una sutil apología de la guerra es

estigmatizado como militarista, como reaccionario y fanático, como militante de la extrema derecha, en fin, es satanizado con esa fervorosa y virulenta serie de epítetos y adjetivos con los cuales la izquierda fundamentalmente asume su confrontación con los conceptos.

En este momento, solo la paz, así sea como adjetivo igualmente vacío y retórico, tiene legitimidad académica. Quien proponga la paz se opone al militarismo, le niega espacios a la derecha y deviene en forma automática en sujeto de avanzada, casi de izquierda, casi en politólogo. ¿Estaré calumniando, estaré fraguando una visión o una ficción perversa sobre los comportamientos de la razón política en los espacios de la academia?

Lo curioso, y esta es la ironía que completa y alimenta la paradoja, es que esa paz se construye y se defiende teóricamente desde la izquierda para oponerla a la guerra sin principios, a la guerra criminal y desbordada, a la guerra asociada al narcotráfico, al secuestro, a la destrucción ecológica, a la guerra que hace como sucio y delictivo negocio una guerrilla que en los comunicados —y para efectos de publicidad política con impacto internacional— se proclama siempre de izquierda.

¿Cómo resolver, o al menos cómo explicar, esta aberrante contradicción que es también una ironía y una paradoja? ¿Esta contradicción que nos conduce a valorar como maravillosa y

exaltante la paz que se le opone o se le ofrece a la guerra de la izquierda y que simultáneamente nos hace mirar como abominable, asqueante y degradante la guerra que pretendidamente se le puede oponer a la guerra que hace la izquierda?

Para penetrar los misterios de esta alquimia ideológica con la cual la izquierda ha pretendido oficiar sus rituales de participación en la historia, hay que apelar —de manera al parecer inexorable— al expediente del maniqueísmo. Ese que, gracias a las argucias de la razón cínica, permite convertir en buenos las cosas o los argumentos que utilizamos nosotros y volverlos malos cuando los utilizan los otros. La guerra es mala y sucia si la hace “el enemigo”. Maravillosa y dignificante si la hacemos nosotros.

Al amparo de esta lógica siniestra, frágil y estúpida, una supuesta politología académica y de izquierda ha realizado una auténtica expoliación y expropiación de los contenidos reales y verdaderos de aquellos conceptos esenciales que podrían servirnos para asumir la comprensión abstracta y concreta del falso conflicto que hoy nos devora y amenaza con nuestra disolución en la historia.

Sin embargo, no queremos culpar de esta aberrante y peligrosa confusión a la mala o falsa conciencia de los sujetos reales que ofician como politólogos en el ámbito de lo académico. Hay también un totalitarismo y una

enorme capacidad alienadora que emana de las estructuras conceptuales. Y como sabido es que la academia es por excelencia y definición el espacio de congelación y de repetición de los conceptos, quizá ahí, en la academia nuestra, no se han percatado de que hace tiempo

trabajan y manipulan conceptos muertos, conceptos que son más cadáveres en descomposición y con necesidad de entierro, que herramientas vivas y útiles para el análisis verdadero de la realidad.☹

*Victor Paz Otero*